

llegar hasta la puerta de la ciudad y mucho menos hasta Biberach.»

La risa cesó, sin embargo, en todos al ver la destrucción de los bienes eclesiásticos tanto en los edificios como en los objetos de arte, durante el corto dominio de los campesinos sublevados. Su conducta fué una horrible protesta contra la inteligencia humana, de la cual estaban desheredados; así los de Zabern andaban metidos hasta las rodillas entre montones de libros y escritos rotos, y encendieron fuego con los libros y documentos de la biblioteca del convento de Maursmunster. También los taboritas habían desahogado en otro tiempo su furor en las bibliotecas y los revolucionarios ingleses de 1381 habían querido abolir toda enseñanza. Es difícil



El canceller Leonardo de Eck
grabado en cobre hecho en 1527 por Bartolomé Beham
(1496 á 1540)

determinar hasta qué punto contribuyó á semejantes brutalidades el sentimiento religioso, pero en el fondo el móvil fué la convicción amarga de los sublevados de ser los parias de la sociedad. Mirando aquellos sucesos superficialmente, no podría llamarse religiosa la gran revolución de 1525, porque á la manifestación siempre repetida de los campesinos de que solo querían el derecho instituido por Dios, el Evangelio, los sermones puros y simples y el amor cristiano y fraternal, se unieron en algunos puntos señales muy claras de ideas místicas y radicales, como cuando algunos jefes de las turbas embriagadas calificaban su conducta bárbara de voluntad de Dios y las declaraban inspiradas por Dios y por el Espíritu Santo. Se decía que delante de los campesinos de Allgau se veían de noche columnas de fuego, como delante de los hijos de Israel en el desierto; si bien á la verdad semejante fenómeno no era raro en la marcha de aquellas turbas incendiarias. En Eltersdorf, en Franconia, país muy accesible al misticismo, el párroco Vogel reunió entre sus adeptos rebautizados una turba de combatientes contra todos los superiores para fundar «un reino terrenal de Dios.» Semejantes manifestaciones eran, sin embargo, raras entre los labradores de la Alemania del Sur, y en los documentos procedentes de las turbas y de sus jefes apenas se encuentran frases rebuscadas y sonoras. Muy edificantes aparecen las cartas de los insurrectos dirigidas á «sus hermanos en Cristo,» y los de Baltrin-

gen empiezan su escrito á la ciudad de Ehingen con este saludo piadoso: «Salud, merced, paz y fe robusta en Cristo.» Los aldeanos de la Selva Negra empiezan los escritos que precedieron al sitio de Friburgo en estos términos: «Paz y merced de Dios todopoderoso por Nuestro Señor Jesucristo para nosotros en todo tiempo.» Así comienza la segunda carta, después que habían asegurado en la primera que se encontraban próximos á la ciudad, guiados solo por el amor fraternal, á fin de predicar al pueblo la palabra de Dios y el santo Evangelio y para obedecer á toda superioridad, tanto eclesiástica como laica, á tenor del santo Evangelio. A pesar de esto no faltaban amenazas en la misma carta, y también parecía amenaza la palabra Evangelio repetida tres veces á fuer de firma al pie del escrito. Estos ejércitos armados hasta los dientes y provistos de artillería se llamaban ejércitos cristianos y aun ejércitos evangélicos santos; y también sus banderas, que como antes hacían un gran papel, llevaban pintados aperos de labranza; pero la mayor parte ostentaban símbolos religiosos, cruces, el nombre de Cristo ó las letras *V. D. M. I. E.* (*verbum Domini manet in æternum*), que desde algunos años llevaba la servidumbre del elector Federico en las mangas de sus vestidos. Muchos aldeanos del Wurtemberg llevaban como en sublevaciones anteriores la figura de la Virgen, y los sublevados de Henneberg habían pintado en su bandera un crucifijo y á su alrededor un ave, un ciervo, un pez y un bosque, para indicar que querían la palabra de Dios y el derecho divino ó sea la libertad cristiana, simbolizada por la libertad de caza, de pesca y el libre uso de los bosques. No faltaron á los sublevados, además de jefes, consejeros espirituales. De grado ó por fuerza se les agregaron individuos del clero bajo, y hubo párroco que ayudó á una turba forastera á vaciar su bodega y habiéndose embriagado tomó una bandera para llamar á las armas á sus propios labradores. Casi todas las turbas tenían entre sus individuos gente del clero á veces como jefes y siempre como predicadores, escritores, consejeros y directores, muchos de ellos fanáticos honrados y otros hipócritas ó arruinados por sus excesos. Muchos eclesiásticos por su origen conocían desde su infancia las miserias del pueblo rural, y el hambre por propia experiencia; y este proletariado espiritual no se olvidó de castigar á los altaneros obispos y á los conventos ricos. El movimiento protestante había elevado la importancia del simple predicador á gran altura enfrente de la prelación y de los frailes, mientras que por otro lado con su lucha contra el diezmo y otras gabelas eclesiásticas arrebató al clero la base de su existencia material. No dejó tampoco de causar impresión que los sublevados en sus doce artículos garantizasen á los párrocos, que en adelante debían ser según ellos elegidos por cada parroquia, una retribución muy suficiente; porque el antiguo odio de los campesinos al clero no tuvo al principio un fondo religioso, y prescindiendo de la indignación general del público laico contra la conducta desvergonzada de muchos clérigos, la revolución iba dirigida esencialmente contra los magnates eclesiásticos, contra los innumerables pequeños Estados eclesiásticos soberanos y contra la administración con sus muchos tornillos.

Era de suponer que una revolución religiosa de gente campesina que destruía iglesias y conventos, no se detendría ante los castillos de los nobles. El artículo relativo á los castillos y conventos debió abrir los ojos á los que no comprendían todavía el carácter del movimiento, que al principio se dirigió contra los señores laicos. Leonardo de Eck aseguró ya á su duque en 15 de febrero que el movimiento se dirigía contra los príncipes y la nobleza; y cuando la turba de Baltringen se amotinó en el mes de marzo, redujo á cenizas en los primeros días cinco castillos de nobles. Al propio tiempo se

habían formado al Norte del Danubio varias huestes de campesinos que, según la muestra que dieron, tenían un concepto mucho más radical que las masas de la Suabia alta acerca del derecho como Dios manda. Las turbas de raza franca, de carácter movable y accesibles ya en otra época á influencias husitas y en general á tendencias heréticas, fueron las que se distinguieron particularmente por sus pretensiones más exageradas y por su mayor barbarie, mientras el carácter circunspecto y aun tímido de los suabos se manifestaba hasta en medio de su revuelta. Campesinos de Rotenburgo, bien armados y prácticos en el servicio de las armas para la seguridad de la ciudad, se reunieron en 21 de marzo en Ohrenbach, recorrieron precedidos de pífanos y tambores la

ciudad y poco después se levantó toda la comarca en armas. El ejemplo cundió por las comarcas vecinas, sobre todo en el Odenwald; en 26 de marzo se reunieron algunos campesinos en Oberschopf y precedidos de un tambor y de un palo en cuyo extremo superior habían puesto un sombrero, se dirigieron á Unterschopf, de donde les salieron á recibir los labradores con un crucifijo y todos juntos se dirigieron á la posada á beber vino. Lorenzo Fries, secretario del obispo de Wurzburg, que refiere lo que precede, dice que podía darse si aquello era una guerra civil ó una borrachera, pues que las tabernas y posadas fueron los lugares de reunión de la gente aldeana. No de otro modo en el levantamiento del Tirol de 1809, los amos de las posadas donde las turbas

Das ander Buch von Artzney
Von dem haß des volcks/
Das XXXIII. Capitel.



Una escena de la guerra de los campesinos. Facsímile de un grabado en madera de la obra de Francisco Petrarca: *Espejo consolador ó medicina de la bondad de lo próspero y de lo adverso*, impresa en Augsburgo en 1532

habían bebido y discutido, solían ponerse á su cabeza. En el Odenwald la hueste amotinada, que se llamaba evangélica, se reunió desde el 26 de marzo en casa de un posadero llamado Metzler; y el que sublevó el valle del Neckar, Jacklein Rohrbach de Bocking, era dueño de una taberna, y en 1.º de abril, estando bebiendo con sus compañeros de Heilbronn, se puso de acuerdo con ellos para «empezar una vida cristiana y formar una hueste de campesinos.» Al lado de este individuo de pésima fama y de carácter indómito y feroz, un hombre como Metzler, que á lo menos era accesible á sentimientos humanos, resultaba un hombre civilizado. Los sublevados del Odenwald y del valle del Neckar se unieron y llevaron el terror á las comarcas limítrofes del Wurtemberg donde se les agregó la llamada *banda negra*, compuesta de aldeanos de Rotenburgo y de soldados mercenarios disponibles. Esta banda negra iba acaudillada por un caballero noble, pero de opiniones radicales, llamado Florian Geyer, que bajó voluntariamente de su castillo de Giebelstadt para entrar en la hermandad de los campesinos, y pretendía destruir todos los castillos, dejando á los nobles solo una simple choza como la tenían los labradores, ó como él decía, «solo una puerta.» Alabábase de que él y sus hermanos ó compañeros habían organizado el movimiento de tal manera que ningún príncipe podría acudir al socorro de otro porque todos se verían con el mismo peligro en su casa. A veces, sin

embargo, la mala compañía en que estaba le hizo exclamar que más bien parecía una hermandad de demonios que de cristianos y que su conducta no estaba muy conforme con el Evangelio. Muchos nobles de Franconia se agregaron voluntariamente á los sublevados y uno de ellos llevó delante de los de Baireuth la bandera que habían adoptado, no queriendo que le llamaran ya señorito, sino Tomás Labrador. Según parece, también se agregó voluntariamente á la turba Gotz de Berlichingen, aunque él supone lo contrario en sus escritos; porque se le escapa la expresión de que los nobles se veían tan acosados por los príncipes como los campesinos. Además, durante algún tiempo tuvo la dirección de la turba al lado de Jorge Metzler, cuya gente tenía entonces ya una fama pésima, pues no se contentaron con que los nobles apresados se declarasen de su partido ni con que dos condes de Hohenlohe ingresaran en la hueste llamándose hermano Alberto y hermano Jorge, sino que también exigieron que como tales juraran los doce artículos y que dos jóvenes condes de Lowenstein acompañasen á la hueste con simple blusa y una vara en la mano.

Después de haber tomado por asalto la pequeña ciudad de Weinsberg, donde había una corta guarnición de caballeros y mozos armados, los alaridos de los campesinos exigieron que todos los caballeros muriesen. Dietrich de Weiler, que había mandado tirar contra los parlamentarios de los

revoltosos, fué precipitado con otros desde el campanario de la iglesia, y los caballeros y sus mozos armados prisioneros fueron condenados á morir pasando por entre los soldados armados de picas y formados en dos filas, cuya pena de muerte era la usada por los soldados mercenarios y considerada especialmente deshonrosa para los nobles. Un músico de aldea, que en otro tiempo habia tocado su instrumento mientras comia el conde Luis de Helfenstein, que capitaneaba la pequeña guarnicion, le arrebató de la cabeza el sombrero con plumas y poniéndoselo el músico le precedió tocando alegres tonadas hasta la carrera de las picas. Una vez muerto este infeliz, el músico untó con la grasa del difunto su pica, y una mujer, especie de bruja, que acompañaba á la turba se untó con la misma grasa sus zapatos. Horrores como estos no eran cosa nueva, porque se habia visto ya en 1515 que los soldados mercenarios los habian cometido con un suizo muerto en la accion. La esposa de Helfenstein, hija natural del emperador Maximiliano, llevando á su hijo de dos años en brazos, suplicó á las masas que tuviesen misericordia de su marido, pero á empujones la echaron fuera del sitio, y uno de los rústicos hirió al niño, haciéndole sangre. Otro de los bárbaros se puso la ropa del difunto y así ataviado hizo mofa de la condesa viuda, á la cual por supuesto le arrebataron los vestidos y joyas, dejándole solo una saya, de la cual quitaron hasta una tira de terciopelo que servia de orla, y en tal estado la enviaron en un carro de estiércol á Heilbronn.

Esto sucedió el domingo de Pascua, 16 de abril, si bien en general la guerra de campesinos no tuvo aquel carácter inhumano que le atribuyeron la mayor parte de los escritores contemporáneos y posteriores. La escena feroz de Weinsberg y algunas otras escenas abominables ocurridas en el Tirol se destacan de una multitud de actos salvajes y groseros, pero que no fueron crueldades inhumanas. Lo que hicieron aquellos aldeanos contra enemigos inermes desaparece casi completamente si se atiende á las prácticas de guerra usuales en aquel tiempo, y esto sin acordarnos de las ferocidades cometidas en la clase campesina por los amos nobles, tanto eclesiásticos como laicos. Lo que hay que admirar es que los campesinos no cometieran mas crueldades. Los señores, que en materia de crueldades les ganaron despues, por el pronto no se movieron y aun hubo docenas de nobles de Franconia que ingresaron en las turbas de campesinos, admitiendo los doce artículos, obligándose á abolir los conventos, y encargándose muchos de derribar ellos mismos sus propios castillos. Gran fortuna fué para los nobles que el ejemplo dado por los labradores de Weinsberg no fuese imitado en otras partes. Al contrario, uno de los jefes de las turbas de Wurtemberg, Materne de Feuerbacher, posadero como Metzler, solo se encargó de la jefatura bajo la condicion de no admitir á la turba de Weinsberg. Procuró tanto como pudo la observancia de una buena disciplina en su turba y protegió en lo posible á las mujeres nobles, preservándolas de ultrajes y de saqueo, si bien no siempre logró hacerse obedecer, lo que por lo demás consiguieron en aquella época pocos jefes de ejército. Como él hubo muchos otros jefes de turbas campesinas que se esforzaron y á menudo conseguian enfrenar los instintos salvajes de sus turbas, exponiéndose como se exponian muchos jefes de tropa mercenaria á ser asesinados por los indómitos revoltosos. Estos impulsos de sentimientos humanitarios demuestran precisamente que el fanatismo religioso entraba por muy poco en la sublevacion de los campesinos de la Alemania del Sur.

Mas la revolucion no podia quedar limitada á la exigencia de concesiones económicas y sociales y á los sermones evangélicos, sobre todo desde que se habia mezclado en el movi-

miento el espíritu radical que se albergaba en las ciudades, y se habia extendido hasta la Lorena, por un lado, y por el otro hasta los Alpes orientales. Los doce artículos de los campesinos de Alsacia iban ya mas allá del punto á donde llegaba el famoso programa de la Suabia alta. Omitíanse en ellos las cláusulas templadas de aquel programa y pedíase además que cada poblacion rural nombrara sus administradores y no reconociera mas príncipes que los que fuesen de su agrado. Con esto empezó el movimiento á tener propósitos políticos, que en algunas comarcas presentaban un sello particularista y en otras un carácter mas nacional, llegando, en medio del deseo de suprimir la multitud de pequeños tiranuelos á favor de una organizacion monárquica en mayor escala, á traslucirse la idea de la soberanía del pueblo bajo diferentes formas rudas y poco precisas. En algunos territorios eclesiásticos se manifestó la tendencia á una transformacion política decididamente particularista, como en el obispado de Bamberg, cuyos habitantes declararon al obispo que querian reconocerle á él solo como señor suyo y confiscar todos los bienes de los eclesiásticos y nobles en favor del país. De la misma manera se expresó al dirigirse al obispo de Spira el parlamento ó asamblea de campesinos reunido en Herrenalb. Esta idea de limitarse á mirar por los intereses de la comarca prevaleció en las sublevaciones de campesinos que desde principios de mayo habian ocurrido en los Estados hereditarios austriacos, y particularmente en el condado del Tirol, lo que impidió la union directa entre los movimientos de Suabia y de Austria. Mas la impidieron todavía las severas disposiciones tomadas en Baviera contra el movimiento, persiguiendo con tanto rigor el menor indicio revolucionario, que solo el uso del traje de soldado mercenario, el acudir en masa á un mercado vecino, ó la intencion manifestada de presentar al señor del territorio una peticion, bastaron para que los pobres aldeanos fuesen encerrados en los calabozos y se les aplicara el tormento. Fuera de las comarcas confinantes con la Suabia, se manifestó en la poblacion rural de Baviera el espíritu de fidelidad á sus soberanos. Los campesinos se reunieron en gran número en el monte de Peissenberg para rechazar con las armas la invasion que se temia de los labradores de Suabia, y los duques de Baviera no dejaron de excitar á sus súbditos por medio de proclamas á la defensa de la patria comun (los ducados bávaros), de sus mujeres, hijos, bienes y moradas. El archiduque, que se hallaba en Innsbruck, se vió particularmente amenazado por la revolucion, hallándose ya excitada la poblacion rural desde la muerte del emperador Maximiliano por el excesivo rigor con que se castigaba la menor transgresion de la regalía de la caza. A esto se agregó la poderosa influencia de la propaganda protestante, por manera que ya no fueron solamente las piezas de caza de los nobles las que se vieron amenazadas, sino las mismas autoridades eclesiásticas y laicas, mientras la persecucion cruelísima de que fueron objeto los predicadores exasperó al pueblo todavía mas contra los que «predicaban la ley inventada por los hombres, cuando los predicadores evangélicos predicaban la ley de Dios.» Tambien irritó á la poblacion que el conde del Tirol fuera un español y además español fanático, que despreciaba á los alemanes, que no entendia su idioma é imponia su voluntad tiránica á todos sus súbditos. El odio de la poblacion recayó particularmente sobre dos consejeros principales del archiduque Fernando, el judío Salamanca y Fabri, que se habian mostrado déspotas y crueles con harta imprudencia. En la ciudad de Brixen, donde en el espacio de tres semanas habian sido entregadas al verdugo cuarenta y siete personas, estalló la revolucion con ocasion de una de estas ejecuciones en 10 de mayo. Los aldeanos dieron libertad á uno de los sentenciados al ser éste

conducido á la muerte y se entregaron inmediatamente á sus depredaciones, saqueando y maltratando al clero y á la nobleza. Del convento de monjas dominicas de Steinach solo una se libró, y ésta por casualidad, de la ferocidad sanguiñaria de aquellos bárbaros, y no quedó sacerdote en el país por pobre que fuese, dice Kirchmair, que no perdiese lo poco que tenia. En aquel país, la poblacion rural se hallaba mejor que en ninguna otra parte de Alemania, porque hasta enviaba sus representantes á los estamentos de la comarca; pero la poblacion estaba excitada en general contra la explotacion de las sociedades mercantiles de otros países, las tendencias absolutistas del gobierno y la introduccion del derecho romano. El gran odio de la poblacion se manifestó mas directamente contra los obispos y el clero en general, cuyo poder temporal queria ver el pueblo suprimido para sustituirle con una nueva organizacion eclesiástica. El jefe de mas talento entre la poblacion sublevada era el hijo de un minero llamado Miguel Gaissmayr, que habia sido secretario del obispo de Brixen, y siendo de aspecto fino y noble, entusiasmaba á las masas aldeanas con su elocuencia. Sus proyectos políticos dejaban atrás por su osadía á todo cuanto soñaban entonces los radicales alemanes; pero se limitaron al Tirol y á lo mas á las comarcas alpinas inmediatas, si bien en un escrito de los revolucionarios, dirigido á la poblacion del Austria baja, se hablaba de la nacion alemana y de un levantamiento general de la poblacion labradora, diciendo que la idea era nombrar un nuevo gobierno á su gusto. Hubo un parlamento de labradores en Meran que acordó transformar el condado del Tirol en Estado laico, sometido directa y exclusivamente al soberano de Austria, pero con derechos iguales para todos los habitantes sin distincion de clases. Segun este acuerdo, tanto los curas párrocos como los encargados de la administracion de justicia debian ser elegidos por la poblacion, y debia adoptarse el Evangelio sin añadiduras, tal como Lutero lo enseñaba. Entretanto se acercaba el mes de junio, para el cual se habian convocado los estamentos en Innsbruck, y parecia que debia efectuarse entonces en el país una secularizacion general y radical. Esta secularizacion debia ir acompañada de una reorganizacion política, cuyo objeto seria suprimir las diferencias de clases y reconocer derechos iguales á todos los habitantes, lo que habria dado completa independencia y preponderancia decidida en el país al elemento rural. Hallábase entonces sitiado en su castillo de Hohensalzburgo el cardenal arzobispo Mateo, tan odiado de los habitantes de su capital, cuyos derechos y privilegios pisoteaba, como de sus mineros y campesinos labradores. La sublevacion se extendió á los campesinos del Austria alta, á los viñadores del Austria baja y á los mineros y trabajadores de los martinetes de hierro de Estiria. Si estas fuerzas frescas y rudas se hubiesen agregado á las huestes alemanas sublevadas, Dios sabe hasta dónde se habria extendido la revolucion; pero mientras los revolucionarios últimamente citados empezaban su movimiento, acabó el iniciado en los Vosges y en las montañas de la Turingia tocaba á su fin. La mayor crecida y la retirada de la revolucion alemana se sucedieron en el espacio de pocas semanas.

Un escrito de Trento del 29 de abril dice: «Hace quinientos años que Alemania no se ha encontrado en tan general confusion; se cree que mas de 300,000 labradores se han confederado para lograr su libertad y para no reconocer mas amo que al emperador.» Esta idea de un emperador democrático se presentó entonces en formas muy variadas; en el Tirol meridional, por ejemplo, se sirvieron los sublevados del nombre de Carlos V para favorecer su causa, y en la tierra de Hersfeld uno de los prisioneros confesó que entre ellos corria la voz de que el emperador estaba de su parte y

aprobaba lo que se hacia. Entre los campesinos de Suabia se prestaba el juramento de alianza y además se juraba emplear solamente «la verdad evangélica, la justicia como Dios manda y la fraternidad, y reconocer un solo señor, á saber, S. M. imperial romana y á nadie mas.» Al margrave Ernesto de Baden dijeron sus súbditos que le tendrian en adelante por señor suyo si se conformaba con gobernar como lugarteniente del emperador y observando los doce artículos, pues que del emperador abajo no debia haber mas que funcionarios sacados de entre los campesinos, y el margrave debia considerarse como tal bajo el nuevo gobierno. La idea de un emperador amigo del pueblo y enemigo de los señores ocupaba desde siglos muchas cabezas, en forma mas ó menos mística; y cuando en el tiempo de que tratamos muchos vieron la posibilidad de que se realizasen tales ilusiones populares, fué menester arrojar la máscara y entonces se vió que en último resultado el pueblo deseaba una república democrática, tanto mas cuanto que muy pocos creían ya posible atraer al emperador reinante á la causa de la revolucion. Entonces tomó forma precisa en varios puntos de Alemania el deseo de organizar el Estado futuro al gusto de los revolucionarios. Baltasar Hubmair, el predicador de Waldshut, expuso por escrito las ideas que corrian entonces respecto del derecho del pueblo soberano para nombrar él mismo la autoridad gubernativa y para destituir la si se mostraba inepta. Las huestes de los campesinos no dejaron ninguna duda de que su intencion era instituir un gobierno nuevo, cristiano y pacífico, como escribieron los sublevados de Wurtemberg á la ciudad de Stuttgart; y cuando el conde de Hohenlohe suplicó á la turba de Jorge Metzler que le llevaran ante un tribunal de árbitros, le contestaron que no admitirian ninguna disposicion, ni del emperador ni de los estamentos, sino que solo reconocieran lo que la misma turba de campesinos decidiera. Los campesinos de Kissingen declararon en un manifiesto de 17 de abril que querian tener á Cristo por señor suyo, lo cual no significaba que no quisieran tener ninguna otra autoridad, sino que querian estar sujetos á la autoridad elegida por Dios y por toda la comunidad. Ya en marzo los campesinos de Suabia habian hablado, segun parece, de la eleccion de un rey de Romanos; y lo cierto es que una parte de los suabos pensaba, como sus hermanos de Franconia, en una transformacion política radical del imperio, en la cual desaparecieran todos los innumerables señoríos, grandes, medianos y pequeños, que eran otros tantos poderes despóticos. En el mismo territorio bávaro se preguntaba por algunos quién habia hecho al primer príncipe ó noble, y si el campesino no tenia cinco dedos en la mano como cualquier príncipe ó magnate. Estas tendencias iban siempre unidas, en general inconscientemente, á la idea de la igualdad social. Los príncipes, condes y caballeros que trataban de ingresar en la nueva confraternidad política y social, debian declararse labradores; porque, como en otra época en la Bohemia, pareció á muchos observadores que el último propósito de la revolucion agraria era la completa nivelacion social, y muchos campesinos decian que los mismos doctores y eruditos de las ciudades les habian asegurado que el Evangelio enseñaba que todos los hombres eran iguales.

Aquí es preciso tener presente lo que hemos dicho acerca del radicalismo de las ciudades y del campo y de su influencia mútua; porque si se ha de buscar en las ciudades el origen de las ideas religiosas y políticas, en cambio el movimiento agrario fué el que excitó á la poblacion de las ciudades á una revolucion democrática. Ya hemos hablado de la antigua divergencia y del contraste social entre las familias patricias de las ciudades y la poblacion urbana: no hacia mucho tiempo

que habían ocurrido varias tentativas dirigidas á cambiar el gobierno interior á la fuerza; desde entonces la lucha religiosa había relajado el orden social existente y en muchas ciudades el espíritu popular había influido en la política del consejo municipal. En las ciudades mas populosas pudieron ostentar sus pretensiones durante mas ó menos tiempo los representantes de las ideas radicales mas singulares y mas atrevidas, porque siempre encontraban descontentos en todos conceptos y no solamente tenían la simpatía de la clase mas pobre, sino que contaban tambien con un buen número de los sólidos puños del pueblo. Así sucedió en Nuremberg, que entre las grandes ciudades alemanas era indudablemente la mas intelectual y la mas activa en este como en otros conceptos, y quizás tambien la que mas abundaba en elementos radicales. Munzer se alabó de que si hubiese querido, habría podido dar mucho que hacer á los señores del consejo municipal en el poco tiempo que permaneció en aquella ciudad, «porque les gusta, decia, la buena vida y el sudor del artesano es muy dulce, pero tambien se vuelve hiel amarga.» Las tendencias místicas y las cavilaciones mas singulares encontraron en aquella ciudad populosa, de calles estrechas, una atmósfera muy favorable; pero Munzer y algunos hombres de ideas análogas á las suyas no se libraron de la mirada investigadora de las autoridades: un dia estas autoridades descubrieron que el maestro de escuela de San Sebald, Juan Denck, hombre virtuoso y de severísima moral, había inventado una religion de inspiracion que no estaba de acuerdo con la nueva religion ó doctrina introducida por orden de la municipalidad; y habiéndose mostrado terco y recalcitrante, fué expulsado de la ciudad, cabiendo la misma suerte á varios de sus amigos, entre ellos los tres discípulos de mas talento de Alberto Durer, los hermanos Bartolomé y Juan Sebald Beham y Jorge Pencz, que no ocultaron su opinion de que para ellos no significaban nada ni la doctrina de Lutero, ni la Sagrada Escritura, ni Cristo. Aquellos jóvenes, soberbios y de talento, no solo consideraron mentira y farsa toda creencia religiosa, sino que desconocian tambien el derecho de autoridad y se decia que tenían ideas enteramente comunistas; que, en su concepto, no se debía trabajar mas, y había llegado el tiempo de repartir entre todos las riquezas.

Estas ideas, suscitadas por la sublevacion de los campesinos, fueron las que infundieron temor á los patricios; y si los príncipes y sus consejeros políticos acusaron á las autoridades municipales de haber provocado ó favorecido la guerra de los campesinos, fué indudablemente por una odiosa exageracion de la realidad; pero no por eso era menos cierto el peligro de que una gran parte de las ciudades se uniese al movimiento de la poblacion rural, porque desde un principio el movimiento agrario encontró simpatía en las ciudades. Así los sublevados de Stuhlingen buscaron y encontraron apoyo en Waldshut y los de la Suabia alta celebraron en Meiningen su asamblea decisiva. En fin, en todas partes se movió la poblacion pobre y desposeida para apoderarse del gobierno; y Eck, observador agudo y cínico, expresó el espíritu del pueblo en estos términos: «Reina gran division en las ciudades tocante á la sublevacion de los campesinos; los luteranos pobres dan la razon á los campesinos y los luteranos ricos y los que no son luteranos condenan el movimiento revolucionario.»

Desde el mes de marzo de 1525 el movimiento popular de las ciudades al lado del de la poblacion rural se extendió desde la Suabia á la Franconia, á la Alsacia y siguiendo el Rhin hasta Colonia. En la Westfalia se sublevaron Munster y Osnabruck y en la Turingia Muhlhausen y Erfurt, siendo sorprendente la participacion de ciudades muy católicas y en

general la mezcla en la sublevacion de las diferentes creencias religiosas, como sucedia con los campesinos wurtembergueses de Materne Feuerbacher, que á pesar de su declaracion en favor del Evangelio oían diariamente misa en el campamento de Wunnenstein. Tambien los sublevados del arzobispado de Maguncia prestaron su juramento á la revolucion tomando por testigos á Dios y á todos los santos. En muchas ciudades, como en Colonia, Maguncia, Munster y Regensburg, se levantó la poblacion contra el mal organizado gobierno económico de la municipalidad, contra los impuestos indirectos y la exencion del clero; en algunas partes se quejaron de la competencia industrial de ciertos establecimientos eclesiásticos, y los de Munster obligaron á las monjas de un convento vecino á que rompiesen y no volvieran á usar sus telares. En materia de industria, cesó la conexion con el movimiento rural; los sublevados de Francfort hicieron independientemente de los sublevados rurales su revolucion pacífica, bien que su manifiesto del 12 de abril tiene evidente afinidad con los doce artículos de los campesinos sublevados y sobre todo con las ideas de Karlstadt, cuyo cuñado, el doctor Gerardo Westerburg de Colonia, había sido expulsado con él de Sajonia y había fundado en Francfort una hermandad evangélica. Su amigo el zapatero Juan Hammerschmidt, de Siegen, el sastre Nicolás Wild y otros artesanos establecidos, formaron una verdadera junta revolucionaria prescindiendo del consejo municipal, declarando que ellos mismos eran consejo, alcalde, Papa y emperador, y diciendo, como decian los sublevados campesinos en sus manifiestos, que la Sagrada Escritura era la única ley que reconocian y que todos los privilegios y estatutos contrarios quedaban sin valor y caducados, por ser prácticas paganas y no cristianas. En la declaracion de los sublevados de Francfort se observa la influencia del movimiento religioso, porque se pedia una observancia mas severa de la moral entre los eclesiásticos y laicos. Por fortuna para el consejo municipal y los ricos de Francfort, no entró en la ciudad, y pasó de largo, la banda negra de Florian Geyer, porque muchos de los gremios de artesanos habían declarado que no podían obligarse á defender al clero ni á los judíos. En esto como en los preludios de la sublevacion de los aldeanos, vemos el antiguo odio á los judíos por su comercio usurero; y tanto los de Francfort como los de Maguncia pidieron la limitacion del comercio de los judíos, mientras los campesinos de la tierra del Rhin y de Alsacia pedían su expulsion completa del país. En el Tirol meridional se vociferaba que todos los clérigos eran judíos y el populacho de Trento saqueó las casas de estos y las de los canónigos.

Sin ninguna relacion con la guerra de aldeanos se manifestó la corriente dominante de aquella época agitada hasta Stralsund y aun en la lejana ciudad de Dantzic, donde hubo en el año 1525 un movimiento medio protestante y medio democrático. No puede dudarse, sin embargo, que si la revolucion campesina hubiese obtenido un triunfo decisivo, la revolucion habría tomado en las ciudades un carácter comunista. En Munster dijeron los sublevados que eran suficiente caudal para los ricos 2,000 florines. Por otra parte, no faltaron vagos y gente perdida, como el músico de Wurzburg, Bermeter, de los cuales se decia que pasaban el tiempo jugando, comiendo y bebiendo y dándose buena vida, sin tener oficio ni beneficio; artesanos haraposos que huían del trabajo; soldados mercenarios sin medios conocidos de vida; criminales notorios que se introducían entre los demócratas de las ciudades y excitaban á la multitud honrada á proceder á un reparto de la riqueza, y hasta mujeres que, como en todas las revoluciones sociales, excitaban á los hombres con sus discursos incendiarios. En Nordlingen, la imprudente

esposa del jefe popular, Antonio Forner, se jactaba de que podría hacer una revolucion con solo sacar un dedo de debajo de su capa; las mujeres de Windsheim se armaron de hachas y de cuchillos de cortar carne, y las de Rotenburgo de alabardas y horcajos para asaltar los conventos y casas de clérigos, y en Uffenheim un gran número de mujeres contribuyó á que se verificara una alianza entre la ciudad y los campesinos sublevados, mientras otra decia: «¿Por qué se espanta la gente? A los pobres no les harán nada (hablando de los campesinos sublevados), solo degollarán á los ricos.» Había mujeres, como la llamada bruja de Bockingen, que armadas como hombres se unieron á las turbas sublevadas. Los ciudadanos de Heilbronn, que habían dado su contingente á la turba de Weinsberg, dijeron al regresar de aquella ciudad con sus picas y alabardas teñidas de sangre, que era preciso matar á todos los que llevaran espuelas y arrojar desde lo alto de las casas consistoriales á los tuñantes y recibirlos abajo con los horcajos preparados. Entre los revolucionarios había tambien ciudadanos acomodados que saludaron á la turba de Jorge Metzler cuando entró en su poblacion y prorumpieron como los pobres en amenazas contra los «barrigones» de la ciudad.

La revolucion duró demasiado poco para que madurasen los gérmenes comunistas, que solo se manifestaron en expresiones sueltas en ciertas ocasiones. Hallándose ya ante sus jueces, dijo el revolucionario Hartlieb de Bamberg que sentía no haber podido reformarlo todo como indica el capítulo 20 del Evangelio de San Mateo, con lo cual aludía á los jornaleros de las viñas, de los cuales la parábola dice que los últimos serán los primeros y que ninguno cobrará mas que el otro.

Todo lo que hemos visto hasta aquí de la revolucion y de su espíritu desde el programa puramente agrario de la Suabia alta hasta las frases sueltas de los radicales de las ciudades, no tiene importancia ninguna si se compara con los proyectos verdaderamente grandes de una reorganizacion política como aparecieron entre los revolucionarios de Franconia. Verdad es que al mismo tiempo ofrecen las manifestaciones mas descabelladas de todo el movimiento, de lo cual nos dan el ejemplo Munzer y sus extravagancias teocráticas, al paso que la Franconia nos presenta el ejemplo interesante de una tentativa en grande escala para crear con estas fuerzas desencadenadas un porvenir al imperio alemán, si bien este porvenir no podía menos de horrorizar á las autoridades amenazadas de aquel siglo. En este proyecto se presentaban íntimamente unidos la ciudad y el campo. El 7 de mayo, la hueste evangélica, capitaneada por Gotz y Jorge Metzler, y otras turbas, inclusa la llamada «banda negra» de Florian Geyer, acamparon en las inmediaciones de Wurzburg; otra turba, la de Bildhausen, tomó posiciones en la comarca de Kissingen, mientras la hueste evangélica se acercaba desde el Odenwald para tomar parte en la empresa de Wurzburg, abandonando su resolucion de marchar sobre Francfort. En Wurzburg, los habitantes sublevados, conducidos por Juan Bermeter, el célebre artista Till Riemenschneider y otros radicales, esperaban el auxilio de sus hermanos en Cristo para expulsar á la guarnicion episcopal de la plaza fuerte de Frauenburg. Los sublevados de Odenwald obligaron entonces al obispo Guillermo de Estrasburgo, gobernador por el príncipe elector de Maguncia, á aceptar en nombre de todo el arzobispado los doce artículos, á entrar en la alianza de los campesinos, á proscribir el traje eclesiástico, á abrir todos los conventos y á imponer una fuerte contribucion á todo el

clero. El conde Guillermo de Henneberg, uno de los primeros vasallos del arzobispado y hasta entonces enemigo de los luteranos, pidió prestados á su señor feudal algunos miles de florines y se juntó con la turba de los revoltosos, á quienes reconoció por hermanos, distinguiéndose muy pronto en el saqueo de los conventos, y abandonando la causa de los campesinos tan luego como vio que iba perdiendo. Procediendo de muy diferente modo que Wurzburg, la ciudad libre de Rotenburgo se resistió á hacer formal alianza con los campesinos. El terreno estaba preparado allí para la revolucion por haber permanecido en aquella ciudad Karlstadt y por los sermones agitadores del doctor Juan Deuschlin, del fraile descalzo y ciego Juan Schmid y de diferentes laicos entusiastas, viéndose tambien la poblacion trabajada por el sospechoso caballero suabo, pero tribuno hábil y astuto, Estéban de Menzingen; mas á pesar de todos estos propagandistas, á pesar de prevalecer el pueblo sobre el consejo municipal, y á pesar de la destruccion de las imágenes y de la gritería de las mujeres, las relaciones de interés de la ciudad con los labradores inmediatos se opusieron durante algun tiempo á la alianza con los sublevados. Solo cediendo á las razones del enviado de los sublevados, Florian Geyer, juró el consejo municipal en 15 de mayo la alianza con ellos.

En aquel tiempo los jefes de los campesinos intentaron introducir en sus ejércitos una disciplina severa y templar el rigor de los doce artículos por medio de la declaracion de que solo pedían la abolicion definitiva de la servidumbre corporal, del pequeño diezmo y de la herencia á favor del señor en caso de la muerte del siervo, dejando por lo pronto existentes los derechos y deberes antiguos si bien con ciertas limitaciones. Verdad es que era mas fácil redactar estas declaraciones que hacer volver á la obediencia á los súbditos despues de todo lo sucedido y obligarles á prestar todas las antiguas servidumbres y pagar los impuestos acostumbrados despues de haber quedado libres de ellos. Los autores de esta declaracion fueron amenazados por su gente con la muerte, y la disciplina severa así como la posicion preferente de los capitanes apenas pudieron ser introducidas y mantenidas contra los elementos ultra-democráticos, ó mejor dicho rudos, que no querían oír nada de resoluciones y consejos tomados sin la cooperacion de las masas, ya que, segun decían, entre hermanos todo debía hacerse fraternalmente. Los jefes, en el campamento de Wurzburg, se esforzaron inútilmente por hacer comprender á su gente que todo cuerpo debía tener una cabeza y que no podía ser sostenida una asociacion de hermanos sin un gobierno; pero de nada sirvieron los castigos que fijaron á los contraventores, como tampoco sirvieron para nada las horcas levantadas en las ciudades, porque los campesinos, siempre ébrios y licenciosos en palabras y hechos, no hicieron caso de nada y decían que colgarian de ellas á los frailes, eclesiásticos y su servidumbre. Los habitantes de las ciudades dejaron de simpatizar con los campesinos á medida que estos decían que siendo todos hermanos, los ricos debían partir todo lo que tenían con los pobres, y particularmente los que habían ganado lo que tenían en el tráfico con ellos. En algunos escritos oficiales de los campesinos de Franconia se encuentran tambien huellas de socialismo rural; y un escrito impone á los nobles que quisieran entrar en la hermandad cristiana, la obligacion de derribar sus castillos, de no mantener caballo de montar y contentarse con igual derecho que usaban los habitantes de ciudades y los aldeanos. Una resolucion de Bildhausen prohíbe á los nobles hasta el ir á caballo y les impone la obligacion de andar á pié como la otra gente, comer y vestir, hacerse casas ó moradas y vivir como los demás pobres. Segun se ve, en las ciudades y aldeas se permitía el ingreso de los